

# MADRIGAL

Se oye un rumor oculto en la sordina  
que descubre un silencio transparente  
tan lleno de tu sombra y de tu ambiente,  
como un milagro azul que me ilumina.

La música celeste de tu Ondina  
suspira suspirando permanente,  
con lágrimas de aurora y el relente,  
a la luz de tu fiesta matutina.

El perfume encendido de tu vuelo  
palmotea alulayas de colores

en la frente más blanca de tu anhelo.

Y hay soles, como siglos de pastores,  
cayendo en los inviernos de ese hielo

que riñe con tu paz de ruiseñores.

M. OSTOS GABELLA

# LOS MELITONES

**C**uando yo salí por el Valle después de largas ausencias, encontré ante un horizonte del país los desaparecidos castaños de Castañares. El hombre me respondió: «¿Cómo se van los castaños?», y yo le dije: «Se van, pero no se van». Él me dijo: «¿Por qué?», y yo le dije: «Porque el hombre no se va». Él me dijo: «¿Por qué?», y yo le dije: «Porque el hombre no se va». Él me dijo: «¿Por qué?», y yo le dije: «Porque el hombre no se va».

En uno de los confines de nuestra Provincia, lindando con la raya de Castilla, hay un pueblo que se conoce, pizca más o menos, por Valle Verde. En la época de los Melitones, Valle Verde no tenía carretera. Para llegar hasta él había que tomar enrevesadas trochas que serpenteaban por un terreno alforzado, entre escarpaduras, gollizos y berrocales. Camino tan propio de cabras y gente montuna, como poco aparente para hombres de tierra llana.

Los alrededores de Valle Verde no podían ser más pintorescos. Frondosos castañares, cuyo tupido ramaje tamizaba la luz y los ruidos, dando al interior del bosque honduras de pozo; todo llegaba hasta allí amortiguado, tenue, con tibieza de lejanía. De la sierra descendían abruptas gargantas, por las que se deslizaba hasta el valle un rumoroso caudal de agua; el agua, en los charcos que se formaban entre las rocas, parecía sólo un tenue velo de tornasoladas transparencias. A las orillas de la garganta crecían nogales pomposos y, de trecho en trecho, se encontraban viejas aceñas, con los muros tomados de verdín o encubiertos por la yedra. De los cerros próximos llegaba tintineo de esquilas y, en ocasiones, la voz de los pastores — ¡Caaa...braaa...! ¡Chac... chac... chac...!

Si uno salía de la garganta o de los castañares caminaba por pedregosos vericuetos, subiendo y bajando repechos. Brañas de jugoso herrén, alternaban con huertos en verdor perenne, donde había albercas en las que crecían, apiñados, mimbres y gamonitos. En las laderas gavias de olivos, higuerales y viñedos. Los ribazos de las suertes estaban cerrados por paredes cuajadas de zarzamoras o por ringleras de árboles frutales: manzanos, cerezos, perales, naranjos, melocotoneros. En cualquier parte se daba con un venero de agua nitida, de frescura sutil.

Hoy día la comarca ha variado bastante. La garganta, por no sé que extraños trastornos metereológicos, combinados con razones utilitarias, está casi siempre seca. De aquellos enormes árboles centenarios, apenas si queda muestra; por lo visto, «rendían» más como madera. Fueron abatidos y en su lugar se plantaron higueras, que medran en cualquier parte y ya «rinden», a los cuatro o cinco años. Personalmente nada tengo contra las higueras; sé que son sufridas, humildes y generosas. Mas digo,—y espero que las higueras no me lo echen a mala parte—, que en punto a belleza no pueden competir con los antiguos castaños y nogales.

Pero ante la realidad del «rendimiento» no queda otro remedio